

DUEÑA DE
una mirada
penetrante, toda
entereza, la
pintora posa en
1952 y en 1927,
fotografiada por
su padre, don
Guillermo Kahlo



NOCHE EN LA VIDA

por MIGUEL A. MENDOZA / noviembre de 1949

Frida Kahlo es la imagen viviente de un gran espíritu, de una gran fuerza de voluntad sacada de la miseria física que es un cuerpo destrozado en cientos de pedazos por un accidente espantoso que le ocurrió a los 16 años de edad. Ésta podría ser, en síntesis, la idea que se obtiene de Frida Kahlo después de conversar con ella durante preciosos sesenta minutos destinados a apretar la semblanza periodística de una extraordinaria mujer. Este es el trazo somero de una figura dotada de profundidades e ímpetu vital, que de pronto quedase inmobilizada para ser contemplada, de algún modo, por ojos profanos.

Año de 1922, Frida entró a estudiar a la preparatoria. Una chiquilla de escasos doce años, con vestido corto, sombrero a la marinera, de anchas alas echadas hacia arriba, y mochila atrás. Éste era el uniforme con el que Frida llegaba a la Preparatoria. Era recuerdo de su paso por el Colegio Alemán, de esta ciudad de México.

Por aquel entonces las pasiones estaban muy a lo vivo. Los ánimos caldeados de la Revolución aún no se apagaban. Y un síntoma de ello era la helicosidad de los estudiantes de la escuela prócer.

Frida misma confiesa:

—Estudiaba yo prepa para entrar después a medicina; pero junto con Pepe Gómez Robledo fundamos un grupo llamado "Los Cachuchas", que tenía una finalidad: vagar en las esquinas y no estudiar, sino pasar de panzazo. El nombre se lo puso el propio Pepe, que fue el que nos hizo unas cachuchas cafecitas, iguales a las que usaban él y Alejandro Gómez Arias. Otros miembros de la banda —porque éramos casi bandidos— fueron Alfonso Villa, que ya murió, Fernando Lira, Manuel González Ramírez, Carmen Jaime, Ernestina Marín, Miguel N. Lira, Enrique Morales Pardavé y Jesús Ríos y Valles —a quien llamábamos, por aquello de los ríos y lo valles, "Chucho Paisajes".

—Este grupo de "Los Cachuchas" nos dedicábamos a robar la biblioteca Iberoamericana. Y los libros que nos sacábamos los vendíamos en 10 o 12 pesos, y comprábamos "harta" torta compuesta. Éramos un grupo de muchachos anticlericales, que estábamos pro Diego, pro Orozco, y que defendíamos las pinturas y a los pintores que estaban pintando los murales de la Preparatoria, a punta de ladrillazos. Juntábamos centavos y se los dábamos a ellos. Pero al mismo tiempo éramos "rupas" (ladrones). Recuerdo una vez en que nos sacamos de la biblioteca toda una colección de Quijotes en distintas ediciones, y los fuimos a vender...

Y una risa que distiende nerviosamente los labios de Frida Kahlo la lleva, junto con el resplandor de su mirada, a aquellos días en que todo era despreocupación. Luego completa su imagen así: —"No era yo "machetera" sino, al contrario, muy floja. En ese tiempo Alejandro Gómez Arias era mi gran amor..."



En este punto interviene Diego Rivera —que estaba presente en la entrevista— para iluminar el cuadro que apuntaba Frida, con colores más vivos.

"Estos 'Cachuchas' eran unos bandidos que colocaban bombas en todos los salones de la Preparatoria. Frida fue la que echó la bomba que explotó en una de las ventanas de "El Generalito" cuando Antonio Caso estaba dando una conferencia. Los vidrios le cayeron a Caso y por poco lo matan".

Al inquirir sobre el porqué de tanta violencia en contra de Antonio Caso, Frida interrumpe; para decir con su estilo pintoresco de hablar:

—No es cierto que la hubiera colocado. A mí nada más me tocó prenderla. Y se la pusimos porque nos caía "re gordo": por filósofo y por chocante. Para darle una idea de cómo era yo, le diré que a mí me habían hecho un versito, que decía:

"Frida Kahlo,
pata de palo,
calceñín a moda gringa,
ya ni la friega".

—Pero aparte de que defendíamos a los pintores, yo "maloreaba" a Diego. Cuando lo veía con Lupe Marín, le gritaba: "Diego, ahí viene Lupe"; que era Lupe Rivas Cacho. Y cuando lo veía con la Rivas Cacho, le gritaba: "Diego, ahí viene la modelota!". Poco después, Diego iba a dar una serie de conferencias en la misma escuela y yo quería que se cayera al bajar la escalera central, de modo que enjaboné tres escalones completos, para que al pisarlos Diego se llevara un trancazo.

Aquí interviene nuevamente Diego, para decir:

La temible banda de Los Cachuchas. Una bomba para el maestro Caso. La admiración por Diego desde los murales de San Ildefonso. Un accidente y todas las fracturas. "¿Todo lo va a chismosear en su periódico?" Tortura permanente, dolorosa esterilidad. "No soy fatalista, y ¡ni modo!" Todo contra los mochos y los decentes. Pintar, lo único que le queda

"Pero a mí me avisaron y no bajé por ahí".

—En otra ocasión —continúa Frida— entré a ver pintar a Diego en el anfiteatro, donde estaba haciendo su encáustica, y al poco rato llegó Lupe Marín, su esposa, que me odiaba. Y al querer echarme fuera, yo le dije a Diego: "Maestro, ¿le molesta que lo vea pintar?". A lo que me contestó que al contrario. Y de esta manera crucé palabras por primera vez en mi vida con Diego. Ya antes, al verlo pasar rumbo al anfiteatro, le grité en una ocasión: "¡Qué ganas de tener un hijo de Diego Rivera!".

Y hay que recordar que Frida entonces era una niña de doce años de edad. Pero cuya verdadera imagen es absolutamente imposible reconstruir a base de palabras. Habría que haberla conocido para saber quién fue.

Nuevamente incrusta Diego Rivera su versión en la entrevista:

"Nomás diré que Frida fue quien echó fuera a Vicente Lombardo Toledano de la dirección de la Preparatoria. Ella y sus "Cachuchas", que fueron quienes lo pusieron. Con decirle a usted, amigo nuestro, que cuando el secretario de Educación, que era Vasconcelos, se enteró de que Lombardo había expulsado a Frida de la escuela, lo mandó llamar y, delante de mí, le puso una regañada bárbara y le dijo, textualmente: "Si usted cree que yo me voy a poner de parte de usted, Vicente, y en contra de una inocente criatura de doce años, está usted loco". Y después lo corrió del despacho de la Secretaría.

"Ya antes Vicente me había dicho que su vida era imposible en la Prepa, porque una banda de forajidos colocaba bombas y mataba gendarmes. Yo tengo entendido que fue Frida la que mató a

MARCHANDO al lado de su marido Diego Rivera, Frida participa en una de las marchas organizadas por el Sindicato de Pintores y Escritores. Era el año de 1931. Veinte años después, ríe en un festival cómico



uno de ellos, aunque ella dice que fue otro "cachucha" llamado "Satanás". Y cuando yo le pregunté que por qué no imponía el orden él me dijo: "Pero, Diego, bien se ve que usted no conoce a Frida Kahlo". Y cuando yo me imaginaba ver a una mujerota, del tamaño de una walquiria, entró una ratita de doce años, que le extendió un dedito y lo agitó en la cara de Lombardo, diciéndole: "Señor director, ya estamos cansados de sus disposiciones. Y si usted no cambia de manera de ser lo vamos a sacar de aquí". Y en seguida se dio la vuelta y cientos de estudiantes se fueron con ella, a la que abrían valla al pasar. Entonces yo le dije a Lombardo: "Realmente, Vicente, si usted no puede dominar a una criatura como ésta, más vale que renuncie. Y a poco renunció".

Ésta era Frida Kahlo antes de que un espantoso suceso torciera una carrera que quién sabe a dónde la habría llevado; pero que contribuyó, en mucho, a modelar a la Frida Kahlo que hoy vemos atravesar por la calle, muy seria, pero llevando a cuestas un sufrimiento inaudito.

Frida era hija de un epiléptico: Guillermo Kahlo, húngaroalemán que al llegar a México se hizo fotógrafo y dejó, a su muerte, la más bella colección de fotografías de la arquitectura y los monumentos coloniales de nuestra patria. Durante su infancia batalló al lado de su padre, viéndole agonizar y resurgir de la muerte a cada instante. Como herencia, quizás —ella así lo dice— su padre le dejó una debilidad y una propensión a la terrible parálisis infantil, que se resumió, después de un ataque incipiente, en un adelgazamiento de la pierna derecha que le deformó su presencia. Ella explica que de esta particularidad le vino el que le hicieran el versito en la Preparatoria.

Pero apenas llegaba a los dieciséis años, un día, de regreso de la escuela a su casa en Coyoacán — allí vive aún—, un tranvía arrolló al camión en donde ella venía y le produjo tremendas heridas. Pero dejemos que ella lo diga a su modo:

—Venía yo de la Prepa para mi cantón, cuando me aplastó el camión. Sufrí dos fracturas de la espina dorsal; me desbaraté el pie derecho, del que me tuvieron que quitar varias falanges; un brazo se me volteó hacia adelante; tuve, también, dos fracturas en la pelvis y un fierro me entró por la cadera. Estuve tres meses en la Cruz Roja, y después un año inmóvil en un carrito con ruedas en el que me sacaban a que me diera el sol. Los médicos, cuando me recogieron, decían que yo no viviría ni veinticuatro horas. Pero ya me ve usted. Desde entonces no veo la mía. En la cara no me pasó nada. Pero dentro de mí yo creo que sí, porque de esa "echa-bombas" que había sido, me volví así como más buena gente.

Estos recuerdos son tremendamente dolorosos para cualquiera, y a pesar de que Frida tiene un carácter indómito que la hace alardear de lo sucedido, se nota que algo pasa en su interior. Algo como una rebeldía infinita que no se doblega ni ante el desastre. Nada, aparentemente, se revela cuando dice:

—Entonces cambié. Me empecé a vestir de largo. Así, de almartigón y cola amarrada como me ve usted ahora (se refiere a los trajes de tehuana que sempiternamente usa), quizás por coquetería para que no se me viera la pata chueca, o por lo que usted quiera. Entonces empecé a pintar, totalmente sin ilusión. Un día vino Clemente Orozco y vio lo que estaba yo pintando y le gustó. Diego también lo vio y dijo que estaba yo influida. Desbaraté entonces lo hecho, y empecé a ser yo.

Ahora dicen que soy surrealista; "pos quién sabe". Luego empezó el reloj de Diego, viejas y viejas... Y de repente se pone muy seria y me dice:

—¿Todo lo va a chismosear en su periódico? Le digo que no todo; pero sí lo publicable, puesto que su léxico no siempre es de lo más correcto. Y queda satisfecha. Luego, antes de proseguir con su historia, me confiesa que años más tarde le fijaron cuatro vértebras por medio de una placa de metal vitalio, a la que atravesaron siete tornillos que fueron atornillados a las vértebras. De manera que actualmente así es como se mantiene erecta. Posteriormente, para obtener radiografías de su columna vertebral, le fueron inyectados 15 centímetros cúbicos de lipiodol, lo que le produjo una cadena de tumores artificiales, pues provocaron la inflamación de la primera meninge —la aracnoides—, ocasionándole, por la torpeza de los médicos, una enfermedad mecánica que le produce los dolores más inenarrables: no puede estar mucho tiempo de pie, ni sentada, y sólo encuentra cierto alivio estando yacente, sobre la cama.

Ésta es la tortura física de esta enorme mujer, desde hace veinte años. Con ella a cuestas pretendió concebir hijos con Diego Rivera. Pero en tres ocasiones se lo impidieron las condiciones de su pelvis. De manera que ha tenido que renunciar a lo más preciado para una mujer: la maternidad. —En 1927, al año del accidente, empecé a salir e ingresé en el Partido Comunista, a causa de dos cosas: primera, porque mi mamá trataba mal a las criadas, y, en segundo lugar, porque ahogó a unos ratoncitos recién nacidos que estaban dentro de una peluca. Mi madre, doña Matilde Calderón, era una señora muy "mocha", chapada a la antigua. Yo quería más a mi padre.

En este momento me advierte, sentenciosa:

—Aquí entra Freud y todas esas cosas. Pero lo cierto es que lo quería, en parte porque sufría mucho con su enfermedad, y en parte porque yo le tenía mucha envidia: él tenía muchos lápices de colores. Yo no tuve ni niñez ni juventud, ni una vida normal tampoco: ni en lo matrimonial ni en nada. Durante una gran temporada anhelé tener un hijo. Hasta lloraba por él. Pero, ¿de qué me sirvió? También durante un tiempo me dio por pintar hijos. Pero ya me di cuenta que no podré tenerlos. Ya se me hizo noche en la vida. Después, he vaciado mi anhelo en Diego. Diego es mi hijo. Pero, ¿qué niño me ha salido? ¡Qué barbaridad! Yo hubiera querido ser una gente normal —en una forma realista y materialista, se entiende—; pero la vida me “fregó”, y ahora, ¿qué me queda? Me duele, de verdad, pero ¡ni modo!

Respecto de Diego, él hace lo que le da la gana. Siempre lo ha hecho, por encima de quien sea. Dicen que es inmoral. No es cierto. Él no cree en la moral, así es que no tiene moral. Diego vive para su trabajo, de su trabajo y por su trabajo. Nunca ha robado a nadie. Le encanta construir: todo lo que sea edificar. Ya sea pintura, arquitectura o lo que sea. Es el hombre más trabajador que he visto. Trabaja con un entusiasmo que ya quisiera en mí para los puros domingos.

¿Amantes? Siempre ha tenido. Muchas. Y lo que he tenido que hacer es “apechugar”. Ni modo de ir a hacer un escándalo. He tenido celos, es cierto. Pero, ¿de qué me sirve? ¿Ponerme celosa de esas que echan balazos y trompadas? No. Nunca. Yo quiero que él viva como quiera, por otra parte. Vivo una vida muy triste pero ni modo.

Cuando le pregunté a Frida si esta actitud suya tendría un origen fatalista, ella me replicó vivamente:

—No, No soy fatalista. Creo en mí y en la vida. En mí mientras viva y en todo lo que vive. No soy ni suicida, ni amargada, ni triste. A Diego lo quiero más que a mi vida; pero comprendo que es un señor con el cual es muy difícil vivir. Por su parte, sí creo que Diego me quiera, pero a su modo. Desde que conocí a este individuo creo que nos juntamos el hambre con las ganas de comer.

Y ya no hurgo más por este lado, que es profundamente doloroso, como todo lo que está muy cerca de Frida, que ha sido una víctima del dolor. De todo el dolor del mundo, que parece que hubiera caído sobre ella. En cambio, escarbo un poco dentro de su propia opinión para conocer más íntimamente a Frida y poder presentarla al lector:

—Todo me interesa y todo me cansa. Es decir, me sigue interesando la pintura, la revolución, el estado de cosas en la sociedad y en el mundo; pero no sirvo para nada. Vivo a base de purísima voluntad. Soy una gente rara. Tengo pocos amigos, y los pocos que tengo me quieren mucho. Soy picardienta. Me gustan los pelados y me chocan los decentes. Quizás sea por complejo de inferioridad. Me choca todo lo antirrevolucionario: los curas y este señor Truman. Soy rebelde sin tener conocimiento de las cosas. Soy rebelde de nacimiento. Tampoco conozco mi oficio. Sólo practico el óleo. La acuarela me da miedo.

Y después de esta estupenda confesión de sinceridad, en la cual, como es evidente, no hay gran dosis de autocrítica, puesto que Frida Kahlo — como pintora— será una de las gentes que andando el tiempo ocupará un sitio del más alto privilegio, Frida intenta una nueva actitud de conformidad que viene a ser una nueva muestra del vigor incomparable de su espíritu:

—No tengo ninguna ambición, porque es natural

“Diego nunca ha robado a nadie”.

Temerosa de la acuarela, sólo practica el óleo. Sobreviviente de trece operaciones, se queja de la edad. “Soy rebelde de nacimiento”. “En mis condiciones, ya no tengo ambiciones”.

Diego su “hijo”

que una gente que se halla en el estado en el que yo estoy no la tenga. La última operación —de las trece que ya me han hecho— me ha dejado muy mal desde hace tres años. Estoy más fregada. Pero no sé por qué.

Y después de un momento la reflexión se hace más honda y más negra, Frida dice:

—Ora que quién sabe si ya es la edad. ¡Se me está haciendo noche!

Y esta frase terrible queda zumbando en los oídos de quien la escucha. Pero no. No es cierto, Frida. Los espíritus luminosos como el suyo no pueden, no permiten que se les haga la oscuridad ni la noche. Los espíritus como el de usted sirven para mostrar, a quienes no tenemos las mismas dotes, que hay un camino infinito de superación, que ni siquiera hemos intentado.

No, Frida, usted es una antorcha. Y su vida es un ejemplo para quienes la conocemos.

Nació y murió en Coyoacán, Distrito Federal (1910-1954). Estudió en la Escuela Normal de Maestros y en la Escuela Nacional Preparatoria de la Ciudad de México. En 1925 sufrió un accidente que marcó el resto de su vida. Durante su larga convalecencia comenzó a pintar. Primero fue realista —rosas, caballos, niñas—; después, a causa de la tragedia íntima de su cuerpo hecho pedazos, pintó imágenes cargadas de rarezas oníricas; a veces de una brutal expresión. En 1929 contrajo nupcias con el pintor Diego Rivera, y militó con él en el Partido Comunista Mexicano. En 1953 ingresó como profesora en La Esmeralda y se abrió una exposición individual de su obra en la galería de Arte Contemporáneo de la capital del país, la única que se presentó en México con ella en vida. Museos célebres de Europa y Estados Unidos poseen cuadros suyos. Existe en Nueva York recientemente un enorme interés por su vida y su obra, incluso se habla de una “Fridomania” que se ha apoderado de los círculos artísticos e intelectuales estadounidenses.

